

gún el curso ordinario de las cosas del mundo, y que acostumbran á considerar como falso todo lo que excede á su razón, ó que va más allá de lo natural.

Pero aún cuando los testimonios que acabamos de referir sean más que suficientes para considerar como cierta la historia de san Simeón, parece que en un tiempo en que los pretendidos espíritus fuertes afectan excepcional, pero falsa instrucción contra todo lo maravilloso que se dice de los santos, ha querido Dios, para confundir mejor su incredulidad, que se encontrase una vida del Santo escrita extensamente por el sacerdote Cosme, autor contemporáneo, testigo ocular y amigo particular suyo, la cual sirve para confirmar más y más lo que los otros historiadores escribieron. Débese esta historia al docto Assemani, que la ha sacado de un manuscrito del Vaticano, escrito en lengua siriaca, y que él ha traducido al latin, poniéndola despues de las Actas de los Mártires, con prolegómenos y notas llenas de erudición y dictadas por una crítica severa.

Como la vida de san Simeón escrita por Teodoreto y por Antonio se halla en manos de todo el mundo en la Colección de los Padres de la soledad, dada en francés por Andilly, y como por otra parte la historia del sacerdote Cosme no fué conocida de Bolando, ni de Tillemont, ni de Baillet, ni de otros que han hablado de los solitarios, pues Assemani es el primero que la ha dado á luz, seguiremos de una manera especial su relato, y no añadiremos lo que dicen Antonio y Teodoreto sino en caso necesario, para no omitir cosa alguna que pueda contribuir á la gloria del Santo y á la edificación de los fieles.

Capitulo I.

El santo y muy amado de Dios Simeón nació en Sisán, aldea situada en el pais de los Maquíalos en Arabia, hacia

el año 388 según Tillemont, ó más bién en el 387 según el tiempo en que Assemani señala su muerte. Apenas nacido, le hicieron bautizar sus padres que eran cristianos. Tuvieron estos muchos hijos. de los cuales dos sólamente les sobrevivieron. á saber, Semiano, que fué religioso, y nuestro Santo que era más pequeño que éste.

Era muy jóven cuando su padre le dedicó á guardar sus ganados, y aún cuando vivió en los bosques y montañas, y alejado de las iglesias en que se instruye al pueblo, daba, sin embargo, señales de gran piedad y sabiduría. Amasaba con sumo esmero una goma odorífera que encontraba en el desierto, y la hacia quemar sobre una hoguera, que levantaba á manera de altar, deseando significar con este perfume de olor agradable los homenajes de su corazón. A esta sencilla y dulce expansión de su piedad añadía la práctica de la mortificación y de la caridad, privándose de parte de su alimento para darlo á los que padecían hambre.

Habiendo muerto sus padres, se vió obligado á ir á su casa para arreglar los asuntos de la harenca, que debia partir con su hermano, Viendo que el pueblo acudia á la iglesia los domingos, hizolo él también para cumplir sus deberes de cristiano. Entónces oyó por primera vez la lectura de las santas Escrituras que se hacia á los fieles, y preguntó á los que iban con él, que era lo que se leía, y le dijeron que eran los Libros santos que contienen los oráculos dictados por el mismo Dios á los escritores sagrados. Esto le causó vivísima impresión, y le hizo entrar en grandes sentimientos de respeto y de admiración, deseando que llegase el domingo siguiente para no perder nada de la divina palabra, para comprender su sentido y pouer en práctica los mandamientos del Señor.

En su ardiente deseo de tributar un culto al Señor, buscó con empeño la goma odorífera para quemarla en honra suya, diciendo á medida que se elevaba el humo: « Suba

este olor de suavidad hasta Dios que habita en los cielos ».

Pocos dias despues el Señor, que queria servirse de él para cosas grandes, comenzó à honrarle con sus divinas comunicaciones. Una noche, durante el sueño sintió que alguien le golpeaba dulcemente, y le llamaba por su nombre. Despertó y vio ante sus ojos un personaje de celestial belleza revestido con ropaje de brillante claridad, y teniendo un cetro en la mano. Lleno de espanto, se arrojó a tierra; pero el espíritu celestial, tomándole de la mano y tranquilizándole, le dijo: No temas: sígueme, y está atento á lo que voy á decirte. El Señor quiere servirse de ti para la gloria de su nombre, para el sostén de su Iglesia, y para sacar á muchos del error y del pecado: si cumples dignamente el ministerio que vá á confiarte, los príncipes, los magistrados y los pueblos vendrán a tí para escuchar tus saludables instrucciones. Pero ten presente al mismo tiempo que has de sufrir mucho: que es preciso que prepares tu corazón con una grande paciencia y con una caridad perfecta, y que se extienda á todos los hombres de cualquier estado y condición que sean, y sobre todo es necesario que depongas todo espíritu de soberbia y de vanidad, y que no haya nadie en el mundo á quién no te creas inferior, por estar intimamente convencido de tu bajeza y de tu nada.

Se ve por esta lección del ángel, que por lo mismo que Dios llamaba á Simeón á un género de vida que debia servir de espectáculo á todo el universo, quiso que estableciese su fundamento sobre una sincera y profunda humildad, á fin de que no se apropiase á sí mismo los dones maravillosos que iba á concederle: lo cual nos enseña que la más perfecta virtud debe siempre estar fundada sobre la humildad, y que no puede elevarse muy alto el edificio de la perfección, mientras no se caven muy profundamente sus cimientos por el conocimiento de sí mismo.

Tal vez sea ésta la visión á que se refiere Teodoreto, cuando dice que se le apareció un ángel, y le dijo que cavase muy profundamente los cimientos de una casa, y que cuatro veces le ordenó que los profundizase más: despues de lo cual no habia más que edificarla, sin temor á la solidez del edificio. Así es que si no es ésta la misma visión, no seria extraño que hubiese aprendido la misma lección de humildad en otra aparición de otro espíritu celeste.

Despues de esto le trasportó el mismo ángel á la cumbre de la montaña, en donde le dijo que levantase un altar con cuatro piedras que le mostró. Habiéndolo hecho, le manifestó que éste era el altar de Dios vivo en cuyo honor hacia quemar la goma odorífera, y cuyos oráculos habia oido en la iglesia, queriendo, sin duda, mortrarle con este símbolo, que debia hacer de su corazón una especie de altar, en el cual ofreciera á Dios, juntamente con el fuego de la caridad, el perfume de sus oraciones y de una oración continua.

El mismo ángel le hizo descender de la montaña, y le condujo á una iglesia dedicada á los santos Martires, inmediata á la casa de Timoteo, que más tarde fué del número de sus discípulos. A medida que se acercaba á esta iglesia, vió venir á él una multitud innumerable de gentes de todos los países, de todos estados y condiciones, vestidos con ropas celestiales, y cuya modestia expresaba su excelente piedad. Simeón preguntó al que le acompañaba, quienes eran aquellas personas, y le respondió que eran los que debia convertir á Dios con la eficacia de sus ejemplos y de sus exhortaciones.

Fuera de la iglesia encontró una gran multitud de pájaros, semejantes á pavos reales, cuyas plumas centelleaban chispas de fuego, y que, al verle aparecer, desplegaron sus alas, y empezaron á dar gritos espantosos, lo cual demostraba la desesperación que sus conversiones habian de cau-

sar á los espíritus infernales. Por último, el ángel le mandó que entrase en la iglesia, y que llegase hasta el altar para orar con él, y durante la oración vió salir del fondo del santuario á un personaje venerable, cuya claridad ofuscaba la del sol, y que acercándose á él, le invitó por tres veces con un aire de santa dulzura á besar la santa paz, y le puso en la boca una cosa de un gusto tan delicioso, que confiesa el Santo, que no lo puede concebir ni mucho ménos expresar. Despues de lo cual le dijo : Estás destinado para alimentar espiritualmente el rebaño del Señor : no te dejes desanimar, sino llénate de gran valor para cumplir tu destino.

Tal fué, dice el historiador Cosme, la primera visión con que fué favorecido Simeón, cuando aún todavía se hallaba ocupado en la guarda de sus rebaños, y llenó su alma de tan grande unción de piedad, que, sintiéndose divinamente saciado con las dulzuras de esta gracia, estuvo veintiún dias sin comer ni beber. Al cabo de este tiempo fué á una aldea cercana para comprar pescado. La hija de un pescador, que habia cogido gran cantidad en un estanque inmediato, rehusó vendérselo, diciendo falsamente, y hasta asegurando con juramento que no tenia. Pero Dios le hizo sentir muy pronto la pena de su pecado ; pues el demonio entró en su cuerpo, y en seguida apareció la jóven en medio de la plaza con los cabellos en desórden, desgajados sus vestidos, dando gritos espantosos, é implorando los auxilios de Simeón, que habia ido á comprar el pescado en otra parte. Díjole el Santo que esta desgracia le habia ocurrido por haber tomado el santo nombre de Dios para sostener una mentira, y con sus oraciones la libró del maligno espíritu.

Este milagro tan evidente obrado por un pastor en un paraje tan público, admiró á todo el mundo, y le atrajo el respeto, no sólomente de la gente del país, sino hasta de

los mismos romanos que se hallaban de guarnición. El historiador del Santo nombra entre estos á Silvano Braspciato, que quiso entablar con él una amistad muy estrecha, y que, cuando despues de subir á la columna, venia á visitarle frecuentemente, referia á todos el prodigio que habia obrado siendo muy jóven.

Simeón se aplicó desde entónces con más constancia á la oración y al ayuno. Muy de mañana se iba á la iglesia, en la cual pasaba todo el dia y hasta muchas noches enteras, permaneciendo de rodillas ó postrado en tierra. Los jóvenes de su edad que le conocian, no podian comprender como pasaba toda la noche en el lugar santo sin ser rendido por el sueño.

Para cerciorarse, le espiaban, sin que ni una sola vez le hubiesen encontrado dormido. Cosme asegura haber sabido por ellos esta circunstancia de su vida.

Ejercitábase en obras de piedad, cuando su hermano le llamó á la casa para terminar la partición de los bienes relictos por el fallecimiento de sus padres : pero Simeón le respondió que dispusiese como mejor le pareciera, lo que su hermano, que le amaba tiernamente, rehusó hacer : de modo que se vió obligado á ir á la casa. Su tia paterna habia muerto también dejándole por heredero universal de todos sus bienes, que eran muy considerables. Simeón no quiso aprovecharse de ellos : dió las tierras á su hermano, y distribuyó el resto á los pobres y monasterios más necesitados, á excepción de una parte de los rebaños, de que dispuso, como veremos despues, en favor del primer monasterio en que entró, y de la recolección de los granos, que hizo trasportar á sus graneros para emplearlos en otras obras de caridad.

Dios hizo entónces un milagro para secundar esta virtud. Despues de la siega dejó su campo á los pobres y extranjeros para que tomasen todo lo que necesitaran ; sin

embargo, se vió que quedaba mucho más de lo que se había recogido. Otro tanto hizo con el pan, con el vino y con todo lo demás que se había preparado para el alimento de los segadores : pues no sólomente estos, sino todos los pobres que en gran número habían venido á espigar, se aprovecharon de éste beneficio, y tomaron todo cuanto necesitaban.

Habia cerca de Teledán un monasterio gobernado por Heliodoro, y que el historiador Cosme llama monasterio de san Eusebón, que había sido su fundador, y á quién Heliodoro había sucedido despues de Abibión. Simeón tenía en esta casa un primo hermano, religioso de una rara virtud, y que durante los treinta y cinco años que vivió en ella, guardó el retiro con tanto rigor, que ni una sola vez salió á la puerta por donde había entrado al hacerse monje. Hacia tiempo que el Santo había determinado imitarle, así es que despues de ordenar sus asuntos domésticos, se dirigió al monasterio, llevando consigo camellos y otras bestias de carga, que presentó al superior para el servicio de la comunidad, y para los usos á que éste quisiera destinarlos.

Heliodoro le recibió con mucha ternura, y tres dias despues lo presentó al obispo de Gabales, para que de sus manos recibiese la tonsura monástica. Este prelado, personaje de una insigne piedad, y que ántes de su promoción á la sede episcopal había abrazado la vida monástica, y á la cual había conservado el mismo amor y estimación, así como á todos los que la profesaban, preguntó al jóven Simeón los designios que le movian á hacerse religioso, y observó en sus respuestas tanta prudencia y discreción, que quedó admirado. Por otra parte, aunque era de poca talla, desaparecía este pequeño defecto, si tal pudiera ser, ante la grandeza de su alma. Tenía también el cabello rizado, y el rostro muy bello, y Cosme, para acabar de hacer

su retrato, dice que todo su exterior era sumamente gracioso, y lleno de dignidad : que era muy activo en todo lo que emprendía, y que gozaba de una salud muy robusta y capaz de sotener los más rudos trabajos.

Admirando en él tan bellas cualidades el obispo de Gabales, tuvo una grande satisfacción en revestirle por sí mismo el hábito religioso. Sensén, hermano del Santo, hallábase presente á la ceremonia, y sin otro objeto que el de acompañarle en aquel solemne acto ; pero el obispo le dijo : Atiende, hijo mio, la excelente elección que ha hecho tu hermano, aunque más jóven que tú, y piensa que es preferible á todo cuanto hay en el mundo. Estas palabras le decidieron en aquel mismo instante : así es que rogó al prelado que le concediese la misma gracia, y cuando ambos hubieron recibido la tonsura monástica, los envió el obispo al monasterio, diciendo al superior y á los asistentes en órden á Simeón : No me cabe duda que este jóven es un vaso de elección, en el cual derramará el Señor sus más ricos dones, y que su nombre será un dia muy célebre en toda la tierra : pues yo sé lo que he visto á su lado. En efecto, durante el tiempo de la ceremonia le asistía un ángel.

Habiendo entrado Semsén en el monasterio al mismo tiempo que su hermano, permaneció cinco meses, viéndose obligado á salir para disponer, en favor de los pobres y de los monasterios, de los bienes que poseía en el mundo, despues de lo cual volvió para llevar una vida ejemplar, y dejando despues de su muerte, que acaeció ántes que la de su hermano, una gran reputación de santidad. En cuanto á Simeón, se abrasó su corazón en un amor de Dios tan ardiente, que la penitencia que se practicaba en el monasterio, aunque muy rigorosa, no bastaba á contener su fervor, y para satisfacerlo algún tanto, cavó una fosa en el jardín, en la cual se metió hasta la mitad del

cuerpo, y en donde permaneció todo el estio, expuesto á los ardientes rayos del sol, y sufriendo con heróica paciencia este calor sofocante. Pareceria que habria exceso en este género de mortificación, y así lo seria, en efecto, para cualquiera otro ; pero Dios, que le guiaba con su espíritu para hacerle un prodigio de penitencia, justificó su conducta extraordinaria con muchos milagros.

Permaneció durante dos años en esta fosa ; pero el demonio, para obligarle á salir de ella, tentó á muchos religiosos para que murmurasen de él, haciéndole entender que con la singularidad de su penitencia infringia la disciplina regular del monasterio, y turbaba su armonía. Cayeron todos en la emboscada, y hostigaron al superior á que echase á Simeón fuera del monasterio, si no queria conformarse con la vida común. Conocia el superior la eminente piedad del Santo, y el poderoso atractivo con que Dios le guiaba á la virtud en un grado heróico, y por otra parte comprendia que las intenciones de estos religiosos no estaban exentas de aversión y envidia. Pero viendo que no podia aplacarlos, creyó que debia condescender con ellos, y dijo á Simeón que dejase la compañía de los religiosos, si no se determinaba á seguir la vida común, añadiendo en presencia de los demás, y como para mostrarles que no echaba á Simeón como culpable de desobediencia, que no pretendia disuadirle del género extraordinario de vida que habia emprendido ; sino por el contrario, que alababa su fervor y su amor á la penitencia.

Simeón salió del monasterio, y se retiró á un bosque inmediato, en donde continuó sus austeridades, no comiendo más que los domingos y en tan corta cantidad que no llegaba á un huevo de gallina, y pasando algunas veces quince dias, y hasta tres semanas sin tomar cosa alguna. Cuando se ejercitaba en este género de vida, vinieron al bosque algunos de sus religiosos, y apercibié-

dole uno de ellos, se acercó á él para reprenderle su singularidad, y exhortarle á que se conformase con los demás ; pero este religioso se sintió como herido por una fuerza celestial, y durante cinco horas quedó en tierra destituido de conocimiento. Los demás que se habian quedado á la sombra de un árbol, corrieron en su auxilio y lo llevaron al Santo, y entónces empezó á dar algunas señales de vida y á vomitar sangre corrompida. Tres dias despues les dijo el Santo que le echasen agua, y el enfermo, volviendo enteramente en sí, bebió mucha agua, vomitó nuevamente sangre, y al cabo de dos dias estaba enteramente restablecido.

Fué tan evidente la curación milagrosa de este religioso, que el Santo temió que le sacasen de su retiro : así es que, para ocultarse á las miradas de los hombres, escogió una especie de cueva que habia en el recinto del monasterio, y en que nadie podia presumir que se hallase oculto. Esta cueva estaba cubierta con la leña que se reunia para el servicio de la casa. Y en efecto, allí estuvo sin que nadie le apareciese ; pero treinta dias despues el religioso que estaba de semana para el servicio de la comunidad, vino á tomar una poca de leña, y descubriéndolo, lo puso en conocimiento del superior, que acudió al punto con otros religiosos. El recuerdo del milagro de que hemos hablado, les impidió por el pronto manifestar su mala disposición contra él, y se unieron á su superior para exhortarle á entrar en comunidad y á asistir al santo sacrificio que iba á celebrarse.

Accedió a ello ; sin embargo, el enemigo de las almas que no dejaba de tenderle lazos para separarle de su vida penitente, movió nuevamente á los religiosos á acusarle de excentricidad, con objeto de obligarle á que viviese como los demás, ó á que se le arrojase del monasterio. Pero el superior, que conocia mejor que ellos la solidez de su vir-

tud, que se manifestaba en su paciencia invencible y en la pureza de sus costumbres, se resistió á ello, protestando que no debía oponerse al atractivo que sentia Simeón por las cosas grandes.

En efecto, su ardor por la penitencia iba siempre en aumento, y diríase que hubiera querido haber tenido muchos cuerpos para inmolarlos todos á Dios por medio de la penitencia : pues tan grande era su deseo de ser víctima de su amor. No contento con ayunar mucho más austeramente que los demás, pasaba las noches enteras de pié, y para no dormirse mucho tiempo, hizo un aparato, que lo despertase. Añade Cosme que se ceñía el cuerpo con una cuerda llena de nudos que se le metian en la carne. Teodoro describe más ampliamente este género de mortificación, que asegura haber oido del mismo Heliodoro, superior del monasterio. Hé aquí sus palabras.

« Habiendo ido un dia al pozo para sacar agua, tomó la sogá que era de palma, y tan basta que apenas se podía tomar, y ciñóse el cuerpo con ella. Nadie se habia apercebido de semejante cosa, hasta que, habiéndosele hecho llagas profundas, la sangre que de ellas manaba, el mal olor que desprendian, y los gusanos que habian criado, revelaron el secreto á los demás religiosos, que dieron parte al superior. Este quiso ante todo ver el lecho en que algunas veces tomaba ligerísimo reposo, y admirado de ver los gusanos que por todas partes brotaban, y el olor insoportable que despedian, exclamó con estupefacción : « Hé aquí un nuevo Job. » Pero queriendo informarse mejor, llamó al Santo, y le preguntó de donde procedia el mal olor y los gusanos que habia en su lecho. El Santo bajó la cabeza, y sólomente respondió con lágrimas.

El superior fingió montar en cólera, y ordenó que se desnudase, pero su hábito estaba tan pegado con las carnes podridas que fué necesario hacerlo poco á poco, y echando

aceite y agua caliente. Entónces se vió que la sogá estaba tan metida en la carne, que no se la veia, y se observó al mismo tiempo que de sus llagas manaba una multitud prodigiosa de gusanos. Los religiosos quedaron tan maravillados, que no podian darse cuenta de lo que ocurría, ni sabian de que medios valerse para sacar la sogá. Simeón les pidió con lágrimas que le dejasen morir en su penitencia ; pero el superior hizo venir á un médico, que al fin consiguió quitarle este instrumento de mortificación, lo que, sin embargo, no pudo hacerse sin causarle dolores agudísimos, que hicieron temer por su vida. Pero Dios le tenia reservado para otros combates, y los religiosos le asistieron con tanto esmero, que á los cincuenta dias estaba enteramente curado.

Después de esto refiere Cosme un milagro hecho por el Santo : pues manejó un hierro encendido, y limpió con sus manos un horno que estaba todavía ardiendo sin sufrir el más leve daño. A este milagro añadió un acto de caridad en favor de un religioso, á quién el superior queria arrojar del monasterio por haberle insultado. Pidió gracia para el culpable, y éste fué perdonado.

Sin embargo, el demonio no cesaba de trabajar para obligarle á abandonar sus ejercicios extraordinarios de penitencia, y no habiendo conseguido nada indisponiéndole con los religiosos, le tentó directamente. Un dia en que el Santo se hallaba en oración, se le apareció cubierto de una nube tan negra y espantosa, que, lastimando sus ojos, le dejó enteramente ciego. El superior se afligió en extremo, y quiso llamar al médico para que le curase ; pero Simeón le pidió que le permitiera retirarse á un sepulcro para pasar algunos dias en oración, esperando que Dios le restituira la vista.

Allí permaneció durante cuarenta dias, al cabo de los cuales una luz celestial iluminó el lugar, y recobró la vista.